

Prólogo al *Libro Rojo* de Mao-Tse-Tung

Eduardo Haro Tecglen

Mao Tse-tung es el último gran superviviente de la raza de los hombres fundamentales. Ocupan una larga era: prácticamente desde el principio de la historia conocida hasta casi nuestros días. Nadie sabe si esa era reaparecerá alguna vez. En principio, parece que es la divulgación de la política y de la información en general lo que ha desgastado a los grandes conductores de pueblos durante nuestro siglo. Precisamente en el siglo en el que la acumulación de medios técnicos de fuerza y dominio podría hacer más fácil el ejercicio de los poderes absolutos. Y el siglo, por lo tanto, en el que estos superhombres llegaron a ser más fuertes que nunca.

Parece ser, cuando se reflexiona sobre el tema, que la fuerza inmensa de estos hombres fundamentales no reside solamente en resortes de violencia o de extensión del poder, sino en la capacidad de irradiación de su propia imagen. En nuestro tiempo, a partir de la segunda mitad de este siglo, todas las imágenes han sido destrozadas. Es un tiempo de escépticos y descreídos. La nueva ideología de la incredulidad posiblemente arranca de los primeros grandes heterodoxos, de Galileo y de Copérnico, alcanza su momento culminante en Freud y en Einstein y, a partir de ellos, se vulgariza en una legión de profetas de la incredulidad. Durante unos siglos ha ido abriéndose camino la idea de que la tierra no es el centro del universo, sino un cuerpo perdido entre trillones de cuerpos celestes; que el hombre no es la criatura de Dios, sino que tal vez ocurra lo contrario. Quizá el hombre es el fruto de una casualidad cósmica y de una evolución de las especies que posiblemente ni siquiera ha ido en el sentido optimista de Darwin de la supervivencia y predominio de los más aptos, sino como un fruto del azar y de la necesidad (Monod). Este tiempo de humildad ha debido tener consecuencias sociales y políticas. Desde que la divinidad es dudosa, los gobernantes de derecho divino y providencia comienzan a aparecer como fraudes. Se sabe bien la influencia que tuvo el humanismo –o reducción a términos y medidas del hombre de lo conocido en su época– sobre la revolución francesa de 1789, que en el fondo era una rebelión contra un dios de la injusticia representado por el Rey, más que contra el Rey mismo. El hecho de que tras la des-deización aparezcan inmediatamente hombres fundamentales se puede explicar por el vacío abierto. Es casi una constante. Como Gran Bretaña se da a Cromwell –el Gran Protector: quizá el primer modelo de fascismo europeo “avant la lettre”– tras la enormidad metafísica de la ejecución de Carlos I, Francia sustituye a Luis XVI por Napoleón, Rusia a los zares por Lenin y Stalin, y Alemania al Kaiser destronado por Hitler. Sólo en Italia sobrevive el Rey, aunque reducido a la nada –una nada que se revalorizará en el gran momento de la revisión del fascismo, para desaparecer después irremisiblemente– para ser simultáneo al hombre fundamental, al Duce. Parece como si las formas de democracia, trabajo de equipo, dirección colegial, gobierno de hombres grises, predominio de la mayoría, etc., tuviese un momento de vacilación tras los deicidios que suponían la muerte o el destronamiento –muerte civil– y quisieran durante un tiempo prolongarse en la imagen del “padre fuerte” para seleccionando de otra manera los absolutismos anteriores, hasta comprobar su fracaso definitivo. (España no parece escapar a esta apenas esbozada ley: el destronamiento de Alfonso XIII fue seguido de un brevísimo interregno democrático para luego caer de nuevo en el culto al “hombre fundamental”, que fue Franco, a cuya muerte parecen expandirse de nuevo las ideas contenidas durante largo tiempo de democratización y gobiernos electos. Naturalmente, dentro de unas peculiaridades históricas, como sucede en cada una de las

etnias citadas). Los superhombres del siglo –Hitler, Stalin, Mussolini- tienen hoy la imagen hecha trizas. Lejos de los rostros nobles de los Césares de otros tiempos, pasados a los museos de la historia en mármol limpio, la visión que se tiene hoy, generalmente, de ellos es la de unos monstruos ensangrentados: se ha inventado para ellos la palabra “genocidas”.

Dentro de este museo, el superviviente Mao mantiene todavía una imagen pura. Incluso sus detractores –y los hay de todas las ramas de la política- guardan un conato de respeto (aparte, naturalmente, de los excesos propagandísticos y de jerga política). Pedagogo, filósofo, poeta, revolucionario de la línea romántica –veinte años de pequeña y gran guerrilla para transformar un pueblo de campesinos en una nación revolucionaria-, Mao parece también un producto de esa especial regresión que antes hemos comentado. La expulsión de los celestes emperadores de milenario derecho divino da lugar a un interregno de intento democrático (Sun Yat-sen) para luego volver al enorme culto a la personalidad tras la lucha entre Mao y Chiang Kai-shek, que represente una especie de encuentro mitológico entre el bien y el mal. Probablemente en toda la historia de la humanidad, incluyendo naturalmente a Césares y Faraones, nunca el culto a la personalidad ha revestido los caracteres que tiene en la nueva China la adoración a Mao Tse-tung. Incluso Stalin o Hitler fueron mucho más discutidos en sus países durante sus mandatos, y acumularon mayor número de enemigos activos. Ciertamente la obra atribuida a Mao es mucho más importante: la conversión de un pueblo de mendigos en una potencia mundial en un puñado de años. Aunque para el pueblo chino mismo lo importante no es la condición de potencia mundial sino la recuperación de una forma de dignidad perdida y la ganancia de un nivel de vida. Si para los gálibos de cualquier occidental –o incluso de cualquier soviético- de hoy la medida de dignidad y el nivel de vida de un chino contemporáneo (considerando la libertad como dignidad, y también la mayor o menor capacidad de decidir de su propia vida) aparece como insignificante o como negativa, la comparación entre el antes y el después de un tiempo al que se da el nombre de Mao es un gran salto hacia delante. Una inmensa recuperación de valores humanos desconocidos durante milenios.

El “Libro Rojo” de Mao Tse-tung es, por una parte, uno de los objetos preferidos del culto a la personalidad. Pero por otra es algo más, o mucho más: es la antología del pensamiento de un filósofo que puede considerarse como el que más ha influido sobre su pueblo y sobre otros pueblos vecinos o lejanos. El “Libro Rojo” aparece a finales de 1966 en medio de un considerable desorden controlado que recibió el nombre de Revolución Cultural: un fenómeno mal conocido porque probablemente estuvo siempre mal explicado (hasta ahora, y quizá con la excepción del propio Mao, de Chu En-lai y de algunos otros dirigentes que han tenido una formación occidental la expresión del pensamiento chino, por razones quizá formales, no ha conectado todavía con el entendimiento del resto del mundo). El brote del “Libro Rojo” dentro de China tenía una importancia decisiva en la política interior y en una cierta lucha por la dirección del poder: debía inclinarlo de nuevo hacia Mao, Chu En-lai y Lin Piao: este último fue el recopilador de la antología y su prologuista. Quizá Lin Piao estaba ya preparando el golpe de estado que debía adelantar rápidamente en el tiempo su sucesión prescrita y oficial de Mao Tse-tung, intento que le costaría la vida en circunstancias no totalmente aclaradas aún (al estrellarse el avión en que iba a la URSS, y no se sabe si fue por accidente o porque el avión fuese derribado. No se sabe, tampoco, si su huida hacia la URSS indicaba que su intento de toma de poder iba en el sentido de una reconciliación con la URSS tras la famosa y latente “disputa ideológica” que tan trágica ha sido para el comunismo mundial, para el internacionalismo proletario y para la causa de la revolución).

El “Libro Rojo” iba a tener a partir de aquel momento un papel en la vida china equivalente al de los textos fundamentales de la civilización occidental. Un carácter prácticamente milagroso. Cuando hemos leído, por ejemplo, que un atleta chino, Ni Jijin, atribuía su récord mundial de salto de altura a la lectura del “Libro Rojo” no podíamos sentirnos de ninguna manera ajenos a un fenómeno que todos conocemos desde nuestra infancia: el aprobado en unos exámenes, la salud recuperada o el simple hallazgo de novio por una solterona conseguidos gracias a la repetición de ciertas jaculatorias. Por eso, por esa identificación, debía parecernos incomprensible la cierta burla de occidente, cuya filosofía de la vida reposa todavía sobre fórmulas repetitivas y sobre unas docenas de páginas bimilenarias repetidas y glosadas hasta la saciedad, ante las masas chinas esgrimiendo el “Libro Rojo” de su redentor. Con algunas diferencias, desde luego: el pensamiento de Mao contiene algunas enseñanzas concretas para reaccionar ante la vida y sus riesgos. Unas enseñanzas que no son abstractas, sino que parecen probadas por la realidad de la imposible conquista de China a partir de la Larga Marcha y de su construcción en estos últimos años a pesar del poder y la importancia de sus enemigos. Naturalmente desde un punto de vista de nuestra contemporaneidad no puede deducirse de ninguna manera la infalibilidad del pensamiento de Mao, ni siquiera que la aplicación de su pensamiento en momentos determinados puede tener los mismos resultados en cada nueva ocasión. Entre otras cosas porque ya hemos aprendido a no creer en las verdades absolutas, y aun suponiendo que las definiciones y reflexiones de Mao pudieran representar verdades en el momento en que fueron emitidas, la valoración de las circunstancias es tan móvil en nuestro tiempo que las verdades envejecen rápidamente. Ciertamente que Mao lo que enseña es una manera de pensar que básicamente, como se sabe, se centra en el análisis de las contradicciones que están siempre y absolutamente presentes en cada acto humano. Una de las más famosas frases de Mao – contenida también en el “Libro Rojo”- es esta: “La contradicción y la lucha son universales y absolutas, pero los métodos para resolver las contradicciones, esto es, las formas de lucha, varían según el carácter de las contradicciones. Algunas contradicciones tienen un carácter antagónico, mientras otras no. De acuerdo con el desarrollo concreto de las cosas, algunas contradicciones, originalmente no antagónicas, se desarrollan y se transforman en antagónicas, mientras otras, originalmente antagónicas, se desarrollan y transforman en no antagónicas.” A partir de esta frase todo el sistema de gobierno actual chino comienza a explicarse. Las contradicciones entre el pueblo y “el enemigo” –el imperialismo, el capitalismo o el “social fascismo” (de la URSS)- son antagónicas; las contradicciones en el seno del pueblo no lo son. Pero una mala dirección filosófica podría llevar a considerar como no antagónicas las contradicciones entre el pueblo y sus enemigos, de donde procedería el “error” soviético de la coexistencia y de la búsqueda de la reducción de tensiones internacionales; de la misma forma, las contradicciones en el seno del pueblo, siendo no antagónicas, podrían agudizarse por una mala o errónea dirección y llegar a convertirse en antagónicas hasta el punto de paralizar la revolución y la lucha popular: esto último estaba sucediendo en China y fue corregido por la Revolución Cultural.

Esto no pasa, por mi parte, de ser una exposición demasiado simplista de un proceso infinitamente más complejo que arrastra problemas históricos, situaciones económicas, luchas por el poder, desinencias ideológicas y muchas cargas más; pero creo que puede servir de ejemplo claro –y en realidad Mao tiene la virtud reservada a los más grandes escritores, la de hacer claro y sencillo un pensamiento complejo y decantado- de cómo puede ser válido el pensamiento de Mao para un pueblo en unas circunstancias determinadas. Lo cual no quiere decir que tenga valores universales. Uno de los fenómenos políticos más preocupantes de nuestro tiempo y país es la adscripción

a ideologías concretas que son válidas en otras circunstancias, pero que no son repetibles, si se toman más allá –o más acá- de su valor de “manera de pensar” en otros ámbitos, otros contextos. Por otra parte, el mimetismo revolucionario ideológico ha conducido ya a tremendas derrotas del proletariado en todo el mundo. La importación de los medios de lucha del Vietnam a Latinoamérica trajo las catástrofes que todos conocemos, y que prácticamente han determinado el final de la guerrilla en aquel subcontinente, como el mimetismo por la revolución rusa de 1917, que aún se señala desde Moscú como el faro esplendente de toda revolución, ha anulado durante muchos años a los partidos comunistas europeos. Un desplazamiento más espectacular aún en el tiempo es la emigración de los idearios de la revolución francesa y del enciclopedismo hacia jóvenes demócratas de nuestro tiempo. ¿Todavía hay jacobinos” ¿Cómo vamos a extrañarnos de que haya maoístas o fidelistas en ámbitos y contextos que nada tienen que ver con China o Cuba, cuando los grandes ejemplos están todavía vivientes y actuantes?.

Pero ¿por cuánto tiempo están vivos estos ejemplos?. El de Mao parece que está llegando a su fin, por razones meramente biológicas. Su edad –ochenta y tres años- no le va a permitir seguir dirigiendo a su pueblo mucho tiempo. Su salud está descrita ya más de mil veces como muy deficiente. Ya le acaba de abandonar su viejo compañero de lucha y pensamiento, Chu En-lai. Mao está solo, aislado. Se termina.

¿Qué va a quedar de él después de su muerte? ¿Cuál va a ser el cambio de China? A pesar de sus peculiaridades, China no está exenta de algunos paralelismos históricos. Lo que nos está enseñando la historia contemporánea es que ninguno de los hombres fundamentales ha dejado una huella permanente en las etnias que han regido. Los acontecimientos de 1968, y los posteriores de la conspiración de Lin Piao, nos han dejado ver muy claramente, a pesar de la condición de alto secreto de todo lo que pasa en el mundo político chino, que hay una –o unas- oposición interior, y unas generaciones jóvenes que buscan otras salidas y otras soluciones y rehuyen los dogmas antiguos. No hay razón para creer que en China estas tendencias presentes siempre en toda la historia no vayan a suceder también. Será quizá entrar en el terreno de la profecía el suponer que el ascenso de una nueva clase al poder, cuando Mao desaparezca, pueda llevar a la solución de una de las grandes contradicciones de nuestro tiempo, la rivalidad entre China y la URSS; pero está dentro de lo posible y hay que considerarlo porque sería uno de los hechos más trascendentales de la actual situación mundial. Está en lo posible. Pero analizarlo ahora no tiene sentido, puesto que puede suceder o no. Lo que sí parece patente es que el final de Mao pueda terminar de alguna manera con el maoísmo tal como lo conocemos en la actualidad, y con la imagen de China que podamos tener. No desaparecerá en cambio la “manera de pensar” que queda expuesta en los volúmenes de las obras completas de Mao, y perfectamente compendiada en el contenido del “Libro Rojo”. Sería curioso que el maoísmo práctico fuese a desaparecer o a cambiar como consecuencia del desarrollo del pensamiento del maoísmo filosófico. Sería una de las contradicciones que tanto gusta el propio Mao.

TSE-TUNG, Mao, *El Libro Rojo*, Ediciones Júcar, Barcelona, 1984, págs. 7-14

Texto descargado de:
Centro de Estudios Euroasiáticos(CEE)
2007